

Jamás olvidaré esa tarde, cuando vinieron a buscar al abuelo. Yo estaba tratando de digerir que, puesto que no me habían aceptado en ninguna de mis opciones para estudiar la prepa, mi futuro era un negro túnel infinito, y él, para variar, estaba tocando su oboe en el cuarto de la azotea. En realidad, para ser sinceros, yo llevaba dos semanas tratando de pasar ese mal trago, el de no saber qué iba a hacer con mi inútil vida, pues la secundaria ya había quedado atrás, *game over*, y adelante no había nada de nada de nada. Y, para ser todavía más sinceros, lo único que había hecho en esas dos semanas de profunda reflexión a conciencia era jugar videojuegos, *feisbukear* y oír música. Mis papás llevaban semana y media de viaje y no pensaban volver en un ratotote. Y no es una forma de hablar. Rato-tote de a de veras. Un año, para ser exactos. Académicos los dos, hicieron coincidir sus respectivos años sabáticos (de flojera total) para poder pasarla juntos y lejos. Y yo, por supuesto, no estaba incluido en el VTP por razones obvias; dígame: 1) que yo no me merecía echar ni tantita flojera, dada mi inútil vida y 2) ¿quién quiere a un inútil

de dieciséis años de colado en un viaje de enamorados de un año entero?

Así que la tarde era como cualquier otra tarde de ese verano a punto de ebullición. Estaba comentando una foto de uno de mi (ex) escuela, acribillando a un zombi y avanzando la rola que el *shuffle* del iPod había escogido, todo a la vez, cuando llamaron al timbre exterior del edificio. Me asomé y, convencido de que se habían equivocado, volví a lo mío. En diez segundos más ya habían vuelto a tocar. Me asomé y no dije nada. Esperaba que el hombre ese de traje y corbata se diera cuenta de su error sin tener que preguntar nada; esperaba que, al trazar mentalmente una línea entre él y yo (greña de medusa, anteojos de armazón grueso y playera amarillo chillón sin mangas), advirtiera que no eran tres pisos los que nos distanciaban, sino tres años luz, y se fijara bien dónde estaba tocando.

Pero no. Nada de eso. Muchas cosas en mi vida cambiarían a partir de ese momento.

—Disculpe..., ¿vive ahí el señor Mario Tomassi?

—Anda de viaje. ¿Para qué asunto?

—¿Fue lejos?

—Deje usted lo lejos. Igual y anda en Perisur, pero como regresa el año que entra, haga de cuenta que se fue a Siberia.

Se trataba de un hombre más o menos joven. Traje y corbata, y (hasta ese momento me di cuenta) auto de lujo esperándolo en doble fila. Se rascó la barbilla. Fue a la ventanilla trasera del carrazo, un Mercedes nuevito, habló algo con el pasajero (su patrón, supuse) y volvió a nuestra amena charla.

—¿Usted es su nieto?

—Su hijo.

Una arrastradísima pausa. Los dos nos dimos cuenta al mismo tiempo.

—Ah... ¿usted dice mi abuelo? —y él a la vez—: ¿Mario Tomassi, el impresor?

—Ah, mi abuelo sí está.

—¿Podría pedirle que si se asoma?

—Mejor suban.

La verdad, cualquier cosa que me sacara de mi depresión metafísica era buena. Además, nunca de los nunca habían venido a buscar al abuelo para nada desde que había tronado su imprenta y se había venido a vivir con nosotros al cuarto de la azotea.

Fui al interfón y liberé la puerta de la calle. En lo que supuse que tardarían en subir las escaleras, fui al cuarto del abuelo, a sacarlo de su emocionante vida.

—¡Oye, Gepeto! ¡Te buscan!

Buen momento para aclarar que el abuelo y yo no teníamos una relación muy linda. Mejor aún, vale la pena aclarar que nos llevábamos bastante mal. Ummh... Con toda franqueza, nos llevábamos entre horrible y de la fregada. Desde que llegó a la casa, poco antes de la Navidad, nos empezamos a pelear. Mi mamá decía que era porque teníamos el carácter idéntico. Yo decía que porque él estaba loco, senil y amargado. Él respondía que porque yo era un inmaduro, baboso y cabeza hueca. El caso es que, por eso, aunque mis papás no pensaban utilizar su habitación durante un año entero, él prefería seguir viviendo en el cuarto de la azotea, aunque el baño no tuviera bóiler y en la tele no se vieran más que el dos y el cinco.